

Traigo aquí, hasta la memoria de los hombres — porque solamente así la memoria deja de ser archivo para convertirse en un momento activo de la existencia —, la presencia, la vida y el nombre de Héctor J. Cámpora. Fue presidente de Argentina; fue embajador después de Argentina en México. Vive ahora, asilado y en sí mismo, en los muros fraternos de la embajada de nuestro país en esa ciudad prodigiosa y resplandeciente que se llama, de un solo golpe del aire del pecho y del corazón, Buenos Aires.

No traigo aquí, a la memoria de los hombres, los padecimientos físicos — se dice que muy graves — de Héctor J. Cámpora. Quiero devolverles, al contrario, la representación mejor, más vital, más entera de ese caballero que se llama Héctor J. Cámpora. Le recuerdo bien, casi secamente. Comíamos alguna vez en un restaurante de Polanco y elegía la carne como sólo lo hace un argentino: como si el animal y el filo del cuchillo tuvieran que sintetizarse en la explosión inimitable de la naturaleza. Tiene Cámpora una prudencia exquisita, pero no la prudencia que consiste en trivializar el dramático ejercicio de vivir y creer que la trivialización es el arte superior de la vida. Hablo de la prudencia que se fundamenta en una práctica rigurosa de la medida. Por eso mismo coincidieron en él, en momentos críticos de Argentina, casi todas las corrientes del peronismo. No porque estudiara, no porque olvidara, no porque dejara de saber, sino por lo contrario: por alcanzar la plenitud del entender, del comprender y, en síntesis, del hacer las cosas sin cargarlas sobre las espaldas de los otros.

Noble hombre del peronismo — teoría en la que jamás estuve —, Héctor J. Cámpora fue a la presidencia cuando la disciplina del partido así lo decidió y dejó la presidencia — ese sillón sobre el que tantas cosas dijera Emiliano Zapata — cuando el retorno de Perón significaba su renuncia personal y el cambio de poder. No es fácil aunque se hayan hecho, como entonces, los convenios, los acuerdos previos. La verdad es que nunca planteó aquella renuncia como un sacrificio, sino

## Héctor Cámpora: por su libertad

Juan María Alponse

como un deber. Hay en él una segura firmeza, escondida, sosegada, que contrasta en ocasiones con su aparente barroquismo cortés. Muchas veces me he preguntado y he preguntado en Buenos Aires por qué causa Héctor J. Cámpora reunía, en su favor, tantas cabezas contrarias entre sí y ante los demás. La respuesta pudiera medirse, y confrontarse, desde una sola manera de decir: no era un ambicioso profesional. Tampoco un oportunista que vende y cambia cosas — amigos y compañeros sobre todo — por la ración de la fama-infamia.

Traigo aquí, a la memoria activa de los hombres, el impulso absoluto para que sea posible que recupere la libertad y que México pueda traerle de nuevo hasta nosotros. Seguramente, sin duda, podría decirse lo mismo por otros argentinos, pero es necesario establecer con claridad lo que tenemos delante y el hecho mismo de que esté asilado en la embajada de México nos permite proponer y entender — estando enfermo — la imperiosa necesidad de aceptar que se trata de una prioridad inmediata. El general Videla tiene una ocasión memorable para ejercer el derecho de la clemencia no porque Cámpora lo pida, sino porque el ejercicio del poder es, antes que ninguna otra cosa, la potestad de salvar al adversario. A partir de ese momento el poder pasa a tener un contenido real, verdadero, eficiente. En momentos de máximo endiosamiento personal de Winston Churchill, su madre le escribió una carta hermosa y segura que fue al centro dialéctico, racional y sensible del problema. Le decía: "Cuando se tiene tanto poder como tú, es preciso ser clemente y también olímpico, sereno".

Yo no quiero hablar aquí en términos políticos al presidente Videla, con quien discrepo no absolutamente — porque eso sería una interpretación religiosa y dogmática de los hechos públicos, del quehacer político —, sino en términos de asunción verdadera de la libertad y del cambio del mundo. Pero no renunció, de ninguna manera, a pensar que el presidente Videla pueda decidir la autorización de salida y viaje del ex presidente de la República Argentina. No se puede contestar a esa interrogación verdadera diciendo que existen clínicas suficientes en Buenos Aires. Eso no se duda. Pero hay que hacer las cosas enteras, no quebradas. Héctor J. Cámpora prefiere retornar a México. No quiero integrar en ese razonamiento ningún pensamiento oscuro. Quiero, al contrario, localizar el tema en su entidad posible, en su posibilidad objetiva: recuperar a un hombre para sí mismo, para los demás, en momentos de amplio desamparo.

El poder se mide no solamente por su dimensiones de fuerza, sino por su renuncia a la sensualización de creer que es eterno. El general De Gaulle, esa considerable cabeza de la antigua burguesía nacionalista de Francia, decía un día a Malraux:

— *Es curioso ser execrado* (él no empleaba nunca la palabra "odiado" cuando se refería a sí mismo) a un mismo tiempo *por lo que se hace y por lo que no se hace*.

Quizá ese sea el precio fundamental del poder. Ojalá que Cámpora pueda salir de la embajada de México en Buenos Aires y que cuando llegue aquí — por los muchos que no pudieron hacerlo —, podamos decir estas sencillas palabras de la vida humana: "Videla lo autorizó". También será execrado por lo que hizo — el tiempo histórico no es reversible —, pero también por lo que no hizo. Una oportunidad, por tanto, para hacer algo que inesperado o esperado nos permita ver, otra vez, al viejo caballero Héctor J. Cámpora. Como en los días del barrio de San Telmo, cuando Buenos Aires me parecía un espectáculo de la dicha, la vitalidad, la hermosura.